

**Una visión bibliófila de la historia:
Dedicación de la biblioteca de Jorge A. González
y Ondina Santos de González**

Dr. Justo L. González

Seminario Evangélico de Teología
Matanzas, Cuba
2000

Una visión bibliófila de la historia: Dedicación de la biblioteca de Jorge A. González y Ondina Santos de González

Hace poco más de cuarenta y ocho años que por primera vez visité esta biblioteca. Fue en septiembre del 52, cuando mis padres y yo vinimos al Seminario a traer a Jorge y sus pertenencias. Después, como estudiante en esta misma institución, pasé muchas horas de deleitoso estudio aquí en la biblioteca—¡y otras muchísimas horas de afanoso esfuerzo por entregar algún trabajo para la fecha indicada!

Ahora, casi medio siglo después, por fin vuelvo. En el entretanto, aquí en este Seminario, Jorge y Ondina se enamoraron, ambos se graduaron, Jorge fue profesor y Ondina fue bibliotecaria.

Vuelvo casi medio siglo después, otra vez más acompañando algunas pertenencias de Jorge, y también de Ondina. Se trata de su biblioteca. Esto es mucho más que una colección de libros. En la biblioteca personal de Jorge y de Ondina, que hoy dedicamos, se encuentran resumidos muchos de sus intereses, mucha de su vida, mucha de su historia. Eso podrán verlo quienes les conocieron con sólo echarles una mirada a los títulos de los libros que hoy dedicamos.

Lo que es cierto de Jorge y de Ondina, y de cada uno de nosotros quienes tenemos la dicha de poder acumular una biblioteca, es también cierto de la humanidad toda y de su historia.

Bien podría escribirse la historia de la humanidad en términos de la historia de sus bibliotecas. Porque el ser humano, ese animal a quien el filósofo llamó «bípedo implume», no fue más que eso hasta que descubrió el principio básico de la escritura, que es la posibilidad de comunicarse con sus semejantes, aun no estando presentes cara a cara. Un buen día, quién sabe cuántos milenios ha, uno de aquellos antepasados nuestros, acostumbrado como estaba a seguir las huellas de diversos animales, o de otros humanos, descubrió la posibilidad de dejar huellas u otras señales a propósito, para que algún compañero suyo pudiera seguirle más fácilmente. Y este fue quizá el más grande descubrimiento de toda la historia de la humanidad—más grande que el fuego o la rueda. Porque lo que aquella persona descubrió fue el principio fundamental de la escritura: el medio de comunicarse con quienes no podían verle ni oírle. El medio de dejar su huella para que pudieran seguirla generaciones posteriores; el medio de acumular los conocimientos de generaciones sucesivas hasta lograr aprovechar al máximo otros descubrimientos o inventos secundarios, tales como el fuego o la rueda—o la electricidad y la computadora.

Y así podría decirse que aquel «bípedo implume» que hasta entonces andaba vagando en bandadas, como cualquier animal salvaje, se constituyó, con el decir de Aristóteles, en *zoón politikón*, en animal político. Y así nació la sociedad humana, no ya como mera banda unida por motivos de conveniencia o de instinto, sino como unidad que continúa a través de las generaciones, y que va desarrollando tradiciones que vienen a ser parte de su propio ser.

Y así nació la historia. Y así nació el *homo sapiens*. Porque eso es el humano: animal con historia. Otros animales—hasta las pequeñísimas hormigas—tienen organizaciones sociales. Otros animales tienen inteligencia—y ahora los científicos nos dicen que algunos mamíferos marinos tienen mejores cerebros que los nuestros. Pero ningún otro animal tiene historia. (Y, dicho sea de paso, se me antoja surgir la posibilidad de que el *imago Dei*, es imagen de Dios en la criatura humana, radique precisamente en esto, en que el humano tiene historia, y que en ello se asemeja al Dios que dirige la historia. Pero eso es asunto para otro día.)

Desde que aquel primer humano dejó su huella en el camino, nosotros sus descendientes hemos experimentado mil modos de comunicarnos a través de las distancias. Algunos usaron tambores y sus ritmos. Otros, señales de humo. Pero algunos concibieron la posibilidad de dejar huella, no solamente para sus coetáneos, sino también para generaciones posteriores—de dejar huella en los caminos de la vida; es decir, de hacer historia. Unos escribieron con piedras y pirámides—y hasta el día de hoy quedan en nuestra América monumentos en los que algún antepasado nuestro, de nombre ya olvidado, nos dice todavía: «¡Aquí estuve yo!»

Y esos monumentos nos dicen más. Nos dicen que aquí estuvo una raza con ansias de eternidad como las nuestras. Nos dicen que aquí hubo quien no se contentó con existir, sino que también quiso ser. Y nos dicen también que aquella gente, a pesar de todos sus grandes proyectos y de todas sus profundas ansias—y quizá a causa de esas mismas ansias y de esos

mismos proyectos—explotaron a sus semejantes, así como hasta el día de hoy se explota a los nuestros en aras de grandes proyectos y de ansias de inmortalidad.

Otros en la fértil región de Mesopotamia, al otro lado del mundo, escribieron en tabletas de lodo. Escribieron cuentas y contratos, censos e inventarios. Y la biblioteca que dejaron, recién descubierta hace menos de un siglo, nos habla también. Nos habla, tanto por los temas de que trata como por el material de que está hecha, de una civilización preocupada por el aquí y el ahora, de un pueblo en que la comodidad se colocaba por encima de la eternidad.

Empero aún allí, y con un certero instinto, se cumplió lo que ha sido característica de todas las antiguas civilizaciones que poseyeron la escritura: es decir, se le dio un carácter casi sacro. La mayor parte de las antiguas bibliotecas existían en conjunción con algún templo o algún otro centro religioso.

El templo y el libro: he ahí los dos grandes pilares sobre los que se construyó la civilización griega. Grecia es el monte Olimpo; pero Grecia es también el poeta Homero. Sin los mitos olímpicos no puede concebirse una Ilíada o una Odisea. Sin las epopeyas homéricas los dioses del Olimpo habrían desaparecido en la penumbra de los siglos. Grecia nace, no del matrimonio de los dioses, sino de su encarnación en una tradición que toma forma y continuidad en la literatura helénica.

Tradicionalmente, la división de la historia de Occidente se ha hecho en base a los grandes acontecimientos de orden político, tales como la caída de Roma en el año 410, o la toma de Constantinopla por los turcos en el 1453. Otros han tratado de mostrar que esos grandes acontecimientos políticos son consecuencia de factores económicos y sociales, y que por tanto la historia ha de dividirse según los diversos órdenes económicos y sistemas de producción que han existido en cada período. Todo eso es cierto y tiene su valor. Pero quizá podría también dividirse la historia de las civilizaciones utilizando como criterio la historia de sus bibliotecas, la historia de lo que se leía en cada período.

Así, por ejemplo, el nacimiento de la gran civilización grecorromana puede colocarse el día en que, conquistada Atenas por los macedonios, la biblioteca de los peripatéticos fue llevada por Neleo al reino de Pérgamo, para por fin ser descubierta allí por Sula y llevada a Roma en el siglo primero antes de Cristo. Estos acontecimientos son símbolo de lo que le sucedió en aquel momento a la cultura griega. Hasta entonces había quedado limitada a los territorios conquistados por Alejandro, donde se hablaba el griego como lengua franca. Por siglos, aun en su época de oro, la cultura griega pareció tener vocación de provincia. Y una cultura con vocación de provincia está destinada a desaparecer. Pero después, primero con las conquistas de Alejandro y luego con la expansión romana, ocurrió una de esas frecuentes ironías de la historia: aquellos a quienes los mismos griegos habían despreciado como «bárbaros» se posesionaron de la herencia griega, la divulgaron, y con ello la hicieron universal en toda la

cuenca del Mediterráneo. Y aquellos que conquistaron a Grecia fueron conquistados por ella—como diría el poeta, «Helas cautiva, que lleva cautiva lo cautividad».

O tomemos por ejemplo la cuestión ya mencionada de cuándo termina la Edad Antigua y comienza el Medioevo. Tradicionalmente se ha propuesto como línea divisoria la toma de Roma por los godos en el año 410, arguyendo que ese acontecimiento es símbolo de la conquista del antiguo Imperio Romano por parte de los pueblos germanos. Y es cierto que durante los siglos cuarto y quinto una multitud de pueblos procedentes de allende el Rin se estableció en lo que había sido territorio romano. Pero también es cierto que la mayoría de esos pueblos, en teoría al menos, se consideraban a sí mismos súbditos y hasta continuadores del antiguo Imperio; que el Mediterráneo siguió siendo el centro de la civilización y del comercio; y que, al menos hasta principios del siglo noveno, Roma siguió siendo la principal ciudad, y en cierto modo la capital, de todo el Occidente cristiano.

Además, podría decirse que lo que sucedió en la cuenca del Mediterráneo con las invasiones germánicas fue sencillamente que quedó confirmado lo que siempre había sido cierto: que el centro intelectual del Imperio no estaba en Roma, sino en el Oriente, especialmente en la ciudad de Alejandría.

Aquella hermosa ciudad, fundada en el año 331 antes de Cristo por Alejandro el Grande, había venido a ser el verdadero corazón del Imperio. Económicamente, su envidiable situación

geográfica hacía de ella el eje del comercio entre el Oriente y el Occidente. En lo cultural y religioso, esa misma posición geográfica daba lugar a que en Alejandría se diesen cita todas las ideas que andaban flotando en el Mediterráneo y hasta en Mesopotamia y Persia. Pero lo más notable de aquella gran ciudad, lo que le dio su lugar único en la historia de la civilización occidental, fue su Museo y su enorme biblioteca.

El Museo alejandrino no era, como nuestros museos de hoy, un lugar donde se exhiben objetos de interés, o donde se conservan antigüedades, sino que era, como su nombre lo daba a entender, el templo de las musas—dicho en términos modernos, una universidad. Allí se congregaban sabios de todas partes del mundo para estudiar las más diversas disciplinas. Pero el Museo nunca pudo haber llegado a ser lo que fue de no haber contado con los grandes recursos de la biblioteca alejandrina. Allí se compilaron todas las principales obras de la antigüedad. Allí estaba también, en versión griega, la Biblia de los hebreos—lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento. Allí estaban los estudios astronómicos de los babilonios, los grandes tratados matemáticos de los egipcios, los libros ocultos de viejas religiones hoy olvidadas. Allí había, en fin, más de medio millón de volúmenes que constituían el más valioso tesoro de la antigüedad.

Gracias a esa biblioteca, y a los eruditos que alrededor de ella se congregaron, Alejandría vino a ser la cuna de buena parte de nuestra herencia occidental. Allí se tradujo al griego la Biblia de los hebreos; y más tarde fue esa versión griega del Antiguo Testamento la que utilizaron casi

todos los autores del Nuevo, y la mayoría de los antiguos escritores cristianos. Allí en Alejandría se produjo la fusión de la tradición grecorromana con la judaico-cristiana; y esa fusión vino después a ser la base de la civilización occidental. Alejandría entonces, más que Roma, fue la capital intelectual de la cuenca del Mediterráneo.

Quizá valga la pena mencionar, aunque sea de paso, que las autoridades alejandrinas se percataban del valor de esa posición única que su ciudad tenía en el mundo intelectual. Por ello, cuando Pérgamo construyó también su biblioteca, e intentó competir con Alejandría, las autoridades alejandrinas prohibieron la exportación del papiro, que solamente se producía en Egipto, donde crecían los juncos necesarios para su producción. En respuesta a esa prohibición, en Pérgamo se empezó a utilizar un material distinto, tomado de la piel de animales—y hasta el día de hoy a aquel material oriundo de Pérgamo le llamamos «pergamino».

Pero toda institución humana ha de tener su ocaso. El de la biblioteca alejandrina fue largo como una tarde boreal. Ya en tiempos de Julio César fue destruida una parte de la biblioteca. En el siglo tercero, las guerras civiles destruyeron o dispersaron buena parte de los documentos de su colección. En el cuarto, algunos cristianos, demasiado celosos de su fe, destruyeron casi todo lo que quedaba de la biblioteca. Pero a pesar de esto, y gracias en buena medida a los muchos manuscritos que quedaron dispersos por la ciudad, Alejandría siguió siendo uno de los principales centros intelectuales del Mediterráneo, hasta que fue conquistada por los árabes en

el año 646. Poco después, con la fundación de El Cairo, Alejandría quedó relegada al plano que ocupa hoy, como histórica y pintoresca ciudad de segundo orden.

El ocaso de Alejandría y de su biblioteca, más bien que el de Roma, marcó el paso de la antigüedad al Medioevo. Hasta entonces el Mediterráneo fue propiedad casi exclusiva de cristianos que compartían en la Biblia una misma biblioteca fundamental. Ahora el antiguo *Mare nostrum* quedó dividido entre el pueblo de la Biblia y el pueblo del Corán, es decir, entre dos bibliotecas. Es entonces, debido a esa división, que comienza a desaparecer el viejo sueño de un solo imperio para toda la cuenca del Mediterráneo. Símbolo de la muerte de ese sueño es la coronación de Carlomagno como Emperador de Occidente del día de Navidad del año 800, poco más de siglo y medio después de la caída de Alejandría, y apenas ocho décadas después del fin de las grandes invasiones árabes.

El Corán y la Biblia: he ahí los dos pilares de las dos grandes civilizaciones que por siglos se disputaron la supremacía en Occidente. Por varios siglos, la civilización islámica fue mucho más avanzada que la cristiana. En matemáticas, medicina, astronomía, arquitectura, la civilización del Corán aventajó en mucho a la de la Biblia. Lo que los cristianos no podían alcanzar mediante la persuasión, trataron de alcanzarlo por las armas. De ahí el origen del tristísimo episodio de las Cruzadas. Al menos hasta el siglo trece, quien en la Europa cristiana de veras deseaba aprender medicina, matemáticas o astronomía debía ir a estudiar esas materias a Córdoba o al Levante, entre musulmanes. Pero a partir de esa fecha, la civilización de la Biblia comenzó a

abrirse paso en las ciencias, a tal punto que ya en los albores de la modernidad sus adelantos tecnológicos sobrepasaban los de su antigua rival.

¿A qué se debió esto? Quizá podamos explicarlo, en parte al menos, en términos de las relaciones de esas dos civilizaciones con otros grandes cuerpos literarios—o, por decirlo así, con dos grandes bibliotecas. Estas eran las dos bibliotecas o posturas filosóficas que habían existido en la antigua Grecia desde antes de las conquistas de Alejandro: la biblioteca de la Academia platónica, y las Perípatos aristotélico. La una, desconfiando de las percepciones del mundo sensible, buscaba la realidad permanente del mundo de las ideas y de la contemplación mística. La otra, creyendo poder encontrar realidades eternas aun en las cosas pasajeras, confiaba en los sentidos como punto de partida del cual se obtiene la materia prima del conocimiento.

Desde mucho antes, siglos antes de las invasiones árabes, y sobre todo en Alejandría, los intelectuales cristianos habían creído ver en la filosofía de la Academia su gran aliado, y habían hecho todo lo posible por mostrar la compatibilidad y hasta el acuerdo entre la filosofía platónica y la fe cristiana. Esa unión llegó a ser tan estrecha que cuando en el siglo quinto algunos cristianos trataron de mostrar que había también en Aristóteles mucho de valor, y que su modo de entender el conocimiento de la verdad no debía rechazarse, se les condenó como herejes y tuvieron que refugiarse allende las fronteras del Imperio. Así la civilización de la Biblia

optó por la biblioteca de la Academia, al tiempo que la del Perípatos se vio obligada a refugiarse en la Persia no cristiana.

Allí, traducida del griego al persa, la encontraron los árabes, y pronto comenzaron a beneficiarse de ella. Entre los libros del Perípatos encontraron libros sobre ciencias naturales que los cristianos habían despreciado. Allí descubrieron los antiguos conocimientos de la Grecia clásica. Allí encontraron una filosofía que al principio les pareció ser perfectamente compatible con la doctrina del Corán y que les permitió seguir caminos de observación de la realidad y de desarrollo tecnológico que la civilización de la Biblia había despreciado.

En el entretanto, en el mundo cristiano se desconocía casi por completo todo ese cuerpo de literatura, y se daba por sentado que la Biblia apoyaba y sostenía la interpretación puramente espiritualista que se encontraba en la literatura platónica—y especialmente en la que se le había añadido en Alejandría.

Por esas razones, desde el siglo ocho hasta el doce la civilización del Corán avanzó mucho más rápidamente que la de la Biblia en lo que a conocimientos científicos se refiere—y en consecuencia también en cuanto a su aplicación tecnológica.

Empero la Biblia y el Corán son también dos cuerpos de literatura, y en su propia naturaleza y el modo en que sus devotos los leían pueden verse algunas de las razones por las que, a partir

del siglo trece, pero sobre todo del dieciséis, la civilización de la Biblia avanzó más rápidamente que la del Corán.

En esencia se trata de lo siguiente: Aun cuando a veces parece que se les olvida, los cristianos han sabido siempre que su libro sagrado es toda una biblioteca, más bien que un solo libro. Su nombre mismo, *Ta Biblía*, originalmente tiene un sentido plural, y quiere decir, no «el libro», sino «libros». La Biblia contiene libros de diversas clases: narraciones, leyes, dichos de los profetas, himnos, proverbios, cartas, etc. Lo que es más, la Biblia fue escrita a lo largo de siglos, y de ello da testimonio el hecho mismo de que en ella hay tres idiomas diferentes. En contraste, el Corán, según la ortodoxia musulmana, le fue entregado al Profeta tal como existe hasta hoy. Es un solo libro, con un solo idioma, y con una unidad que contrasta con la multiplicidad de la Biblia.

Una clara consecuencia de esto es el contraste entre la tradición cristiana y la islámica en cuanto a la traducción del libro sagrado. Para un musulmán ortodoxo, una traducción del Corán ya no es el Corán. Es una traducción, que puede ser útil para algunos, pero que no es ya el libro inspirado por Dios. Para los cristianos, en contraste, las muchas traducciones de la Biblia siguen siendo Biblias. Ya Pablo y casi todos los otros autores del Nuevo Testamento citaban la *Septuaginta*, la versión griega de la Biblia hebrea, sin reparo alguno. Bien pronto se tradujo la Biblia al latín y al siríaco, luego al godo y otras lenguas germánicas. Y así sucesivamente, al punto que hoy es imposible contar el número de traducciones de la Biblia.

Una consecuencia de este contraste ha sido la diferencia entre la expansión musulmana y la cristiana. Excepto en contados casos, no siempre bien vistos por la ortodoxia musulmana, la expansión del Corán ha requerido también la expansión de la lengua y cultura árabes.

Ciertamente, los cristianos han practicado lo mismo, pues repetidamente los misioneros no han sabido distinguir entre su cultura y su mensaje evangélico. Empero entre cristianos siempre ha habido cierto malestar respecto a tal relación estrecha entre el mensaje y la cultura del mensajero. Para el pueblo de la Biblia, el que esa Biblia se confunda con una cultura particular es una vergüenza y un error. Para el pueblo del Corán, es todo lo contrario.

Por ello, la función del Corán en la ortodoxia musulmana ha sido exclusivista y ha estado siempre estrechamente relacionada con la cultura árabe, de tal modo que cuando en la Edad Moderna surgieron nuevas concepciones científicas y recursos tecnológicos, se hizo muy difícil incorporar tales novedades, y se produjeron enormes conflictos entre las ideas modernas y las prácticas y costumbres de la cultura árabe clásica. En cierta medida, lo mismo sucedió en algunos círculos protestantes fundamentalistas, donde también se confundió la cultura en que esa forma de cristianismo había surgido con el cristianismo mismo. Empero tales opiniones no fueron nunca las de la mayoría de los cristianos, cuya biblioteca fundamental afirma que el Verbo que se encarnó en Jesús, y de quien da testimonio toda esa biblioteca que llamamos la Biblia, es también «la luz que alumbra a todo ser humano que viene a este mundo».

Así, pues, a pesar de haber heredado la biblioteca del Perípatos, y a pesar de haber producido filósofos tan notables como Averroes y Avicena, a la larga la civilización del Corán se vio obligada a dejar a un lado esa rica herencia.

Mientras tanto la civilización de la Biblia, en sus contactos con la civilización del Corán, llegó a conocer aquella vasta biblioteca aristotélica que ella misma había rechazado siglos antes. Tras una larga peregrinación que le llevó de Grecia a Antioquía, luego a Persia, después a la España musulmana, y finalmente a Francia, Aristóteles tocó de nuevo a las puertas de la civilización de la Biblia. No todos le abrieron las puertas. La discusión acerca del lugar de Aristóteles en la teología—si podía empleársele o no—durante el siglo trece fue al menos tan vigorosa como la que tuvo lugar en el siglo veinte acerca del lugar de Freud o de Marx. Algunos sencillamente rechazaron todo lo que tuviera el más mínimo sabor aristotélico. Otros aceptaron todo cuanto venía de Aristóteles como si fuese la verdad pura. Otros, como Santo Tomás de Aquino y su maestro Alberto el Grande, adoptaron una postura intermedia, pero mucho más audaz, con lo cual tuvo lugar aquel gran encuentro de bibliotecas de la que surgió la civilización occidental.

Porque ahora, gracias a la obra de Santo Tomás y de muchos de sus discípulos, era posible sostener a un tiempo la vieja fe cristiana y la nueva ciencia, con su preocupación por las realidades del mundo sensible. Y esto a su vez llevaría al gran desarrollo tecnológico que ha sido la característica principal de la civilización occidental a través de toda la Edad Moderna. A partir de Santo Tomás, aunque en embrión, existía ya nuestro mundo moderno. Para señalar el

impacto de la nueva biblioteca sobre la mentalidad europea basta con comparar lo que había escrito San Agustín a principios del siglo quinto con lo que escribió Alberto el Grande en el trece. Agustín, en el siglo quinto, era ávido lector de la biblioteca platónica. Alberto, en el trece, no lo era menos de la biblioteca aristotélica. En sus *Confesiones*, Agustín se duele del tiempo que empleó en cierta ocasión observando la conducta de una lagartija. Según Agustín, ese tiempo debió haberlo invertido contemplando, no los movimientos pasajeros de aquel animal, sino las realidades eternas. En contraste, Alberto el Grande escribió un tratado de zoología, y varios otros sobre botánica, astronomía, etc. Mucho de lo que desde entonces ha sucedido, incluso la Reforma protestante, la Revolución Francesa, la bomba atómica y los viajes siderales, no es sino el desenvolvimiento de las energías liberadas en aquel encuentro entre una antigua biblioteca griega y otra biblioteca hebrea de orígenes no menos antiguos.

Empero para que ese embrión llegase a madurar faltaba aún otro factor importante. Faltaba que el gran fermento que estaba teniendo lugar en las bibliotecas de universidades como las de París, Oxford, Praga y Salamanca se multiplicase a través de mil bibliotecas públicas y privadas. Faltaba, en otras palabras, la imprenta. Quien le dio el golpe de muerte a la Edad Media no fue Lutero con sus tesis, ni Erasmo con sus estudios, ni Colón con sus viajes, ni los turcos con sus cimitarras. Quien le dio el golpe de muerte a la Edad Media fue Gutenberg con su imprenta de tipos móviles. Sin Gutenberg, Lutero no hubiera sido más que otro Juan Hus, quemado en algún concilio, o en el mejor de los casos otro Juan Wiclef, fallecido en la oscuridad de los ignorados. Sin Gutenberg, todo el trabajo de Erasmo hubiera sido en vano. Gracias a Gutenberg

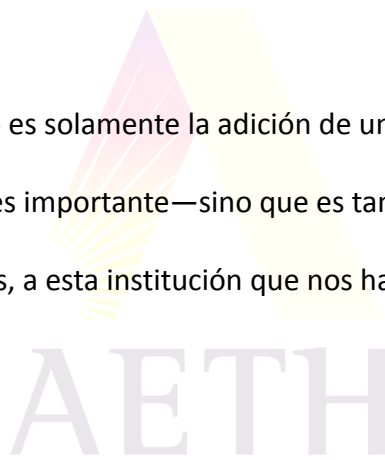
y su imprenta se multiplicaron las bibliotecas de Europa, y gracias a él las noventa y cinco tesis de Lutero se convirtieron noventa y cinco mil tesis, leídas y discutidas ávidamente en las tabernas alemanas, así como en todos los principales centros intelectuales de Europa, desde Alcalá de Henares en España hasta la vieja Constantinopla, ahora turca.

Así quedó probado una vez más que la historia de una civilización es la historia de sus bibliotecas. Y esto, que es cierto de las civilizaciones en general, también lo es de nuestra América. Examínese si no la pequeña biblioteca que forman aquellos primeros volúmenes publicados por Fray Juan de Zumárraga en México, en la primera imprenta en el hemisferio occidental, y allí se encontrarán lado a lado y en forma embrionaria varios de los factores, a menudo contradictorios, que se han ido desdoblado en nuestra dolida y gloriosa historia. O examínese la biblioteca de este Seminario Evangélico de Teología, y en ella se verá la historia de las ideas que por sus aulas han circulado, de los nombres que aquí han resonado, de los sueños que aquí se han soñado.

Hoy una vez más celebramos una nueva conjunción de bibliotecas. A la biblioteca donde Jorge, Ondina y yo estudiamos, a la biblioteca que nos vio nacer teológica e intelectualmente, se le añade hoy la biblioteca que Jorge y Ondina coleccionaron a través de cuarenta años de estudios y labores docentes. Esto en sí nos indica algo muy importante acerca de la vida y la historia de las instituciones, y en particular de este Seminario Evangélico de Teología. Las instituciones nos producen; somos sus hijos e hijas. Pero a la vez quienes somos verdaderamente sus fieles

vástagos, de un modo u otro volvemos a ellas. Ellas nos forman, y nosotros las formamos. Ellas nos vieron nacer, y nosotros tenemos el llamado y la obligación de darles nueva vida, de renovarlas. La vieja biblioteca del Seminario vio a Jorge y a Ondina pasar largas horas de estudio. Hoy Jorge y Ondina contribuyen algo a las horas futuras de estudio de generaciones que todavía ni siquiera asoman a estas aulas. La biblioteca que hoy se le añade a la biblioteca del Seminario es en cierto sentido su hija, producto y continuación de los estudios que aquí hicieron Jorge y Ondina. Es un devolver lo recibido. Es un dar para que la biblioteca pueda seguir dando.

Luego, lo que hoy celebramos no es solamente la adición de unos volúmenes a la biblioteca del Seminario—lo cual en sí mismo es importante—sino que es también el regreso de Jorge y de Ondina, de generaciones pasadas, a esta institución que nos ha formado y que por siempre amaremos.



Pero hay más. Este Seminario, esta biblioteca, Jorge y Ondina, cada uno de los aquí presentes, nos debemos a una fe que afirma que por encima de todas las bibliotecas, por encima de todos nuestros conocimientos, hay otro libro. Juan el vidente de Patmos lo llama «el libro de la vida». Lo que hoy celebramos es sobre todo la fe, la certeza, de que en esa primera y última biblioteca de la historia humana están escritos nuestros nombres. Que allí está escrito el nombre de Jorge. Que todas estas palabras humanas acumuladas en nuestras bibliotecas, por muy bellas o

profundas que sean, no son sino reflejo del Verbo o Palabra eterna de Dios, que nos llamó por nombre a la existencia y nos llamará por nombre en el glorioso día final. ¡Así sea!

